

Tres siglos y medio han caído sobre el Castillo de la Fuerza. Todavía, con su pequeña guarnición, parece tener pretensiones de fortaleza. Sobres sus bastiones vagan las sombras de los conquistadores, de los hombres fieros que contemplaban el mar, como promesa de otros reinos, como reto a singular combate. La sombra de Pedro Menéndez de Avilés, el Adelantado de La Florida, que dividiendo la gobernación de La Habana entre el Capitán Barreda y García Ossorio, fuera el culpable de toda una madeja de intrigas que se trabara en apretada urdimbre en tiempos de Diego Fernández de Quíñones y Gabriel de Luján, debe recorrer todavía sus pasadizos, posarse sobre sus almenas, sentir el dolor de las derruidas cortinas, los desmoronados caballeros, los fosos ya cegados por la tierra, la planchuela para siempre baja. Quizás si alguna noche, Leonor de Bobadilla 'lorase sus amores con el recio don Nuño de Tobar, alférez de Hernando de Soto; y ahora, al cabo de los siglos, su espectro se contemplase junto a un destruido almirar atisbando el horizonte por donde desaparecieron las velas que se llevaron a su protector y que alejaron de la villa de San Cristóbal al lugarteniente del fiero adelantado. El Castillo de la Fuerza, de traza de Mateo Aceituno, ingeniero de la Sacra Católica Majestad de Carlos V, fué, si no en la obra por lo menos en los planos, un modelo del sistema español de fortificaciones abaluartadas que se impusiera al mundo entero, y que diera origen a las concepciones de Vauban, precursor de las construcciones modernas de Verdún y los Dardanelos. Hoy, sólo es una reliquia, un ejemplo del pasado. El autor de este artículo, estudiante de la sociología cubana, ha querido más que ofrecer una narración histórica, brindar una serie de episodios que revelan todo el estado de una época.

Don Francisco Calona, maestro mayor de las obras del Castillo de la Fuerza, era, según el Contador Pedro de Arana, los maestros canteros que le secundaban en sus trabajos y el Gobernador Gabriel de Luján, un jugador empedernido que se pasaba horas enteras baraja en mano, mientras los operarios destinados a la Fortaleza, desbastaban madera en su hacienda y en el monte, para venderla a las flotas de Nueva España y Honduras. Un buen día,

Ni intriga, ni trampa, ni atere hubo en los viejos tiempos, que no haya tenido algo que ver con el Castillo de la Fuerza, o La Fortaleza, como se le decía en el Siglo XVI. Para la construcción de sus insignificantes bastiones, se ajetrearon más papeles que en un mal pleito, y si el Rey Felipe III pudo decir que desde España era posible ver las torres de las defensas de La Habana, que tanto dinero habían sacado al Tesoro Español, no habría estado errado de aplicar el mismo comentario a La Fortaleza. Comenzando la segunda mitad del Siglo XVI, a pesar de ser ya La Habana escala forzada de las armadas de Nueva España y Honduras, cuya llegada era un acontecimiento con todas las de la ley, en todo orden, el social, el económico y el militar, la más espantosa anarquía reinaba, y la población vivía en constante zozobra y alarde, no tan sólo por la aparición repentina a veces de los piratas y corsarios, sino también por los problemas que en el interior de la población creaban las mismas autoridades; unas veces el alférez de La Fuerza en controversia con el gobernador o su teniente, otras con los obispos el tesorero, las más entre éste y los empleados del Rey, lo cierto y verdadero es que no había más gobierno que la voluntad de una facción ni más régimen que las exacciones y los abusos. Ciudad esta en que todo tenía precio y donde no existían más leyes que el aliento de un espadón, llamárase Diego de Mazariegos, García Ossorio, Gabriel de Luján, o Pedro Menéndez de Avilés. Ocasión hubo, en que los alguaciles fueron al aprendizaje de las leyes en las covachas que en el colmo del optimismo llamaban prisión, y donde los detenidos lo estaban más que por lo recio de las paredes, por lo pesado de los grillos y las cadenas.

CLERIGOS SIN ORDENARSE

Los obispos en sus visitas pastorales a La Habana descubrían sacerdotes que jamás habían sido ordenados y cuya existencia cotidiana transcurría en el mejor de los mundos, cobrando tanto por las misas de devoción, tanto por las de difuntos, más cuanto por los sacramentos y no poco por tocar las campanas y ejecer otras funciones similares. La voz popular acusaba a los regidores,

Gabriel de Luján se decidió a poner en prisión al maestro mayor, y al otro, el Alcaide de la Fortaleza, Diego Fernández de Quíñones, con ochenta hombres armados de alabarda, en gran tren de guerra, se presentó frente a la cárcel y puso en libertad al preso. Los incidentes de aquellos años, la vida de la ciudad en los dos decenios de 1560 a 1580, son examinados en el presente artículo.

al Tesorero fuese Juan de Rojas o Pedro Menéndez Marqués, sobrino del Adelantado de La Florida, de entrar en arreglos para tolerar las inmoralidades eclesiásticas, que no eran las únicas, pues pocas eran las demás que escapasen a la maledicencia de un bastardo, que viviría allá con la madre por los territorios donde poco se permitía montear a los vecinos.

PEOR ERA EL REMEDIO

Cuando las quejas llegaban a la autoridad superior, bien al obispo o al clérigo, bien al Oidor si este se hallaba a la sazón en la feliz Villa de San Cristóbal, el remedio era peor que la enfermedad. Se dió el caso de que un monseñor que viniera a La Habana con propósitos moralizantes contemplara tanta malignidad, que declinó marcharse de la Isla a pasar los últimos años en un convento de su orden. Esto, por supuesto, era peor, porque así las ovejas seguían descarriadas y pasto de los lobos que entraban en el sacerdocio por la puerta del Infierno. Si el Oidor no se ponía a tono de las circunstancias y andaba a vueltas con la ley, tenía que aceptar, bien el que lo mandaran contra su gusto a La Florida, bien que uno de los grupos gobernantes le diese una paliza, en plena calle. No había seguridad para nadie, ni aun para los soldados del Rey.

EL SAQUEO OFICIAL

Pasar por La Habana con joyas y oro, era verse forzado a la aceptación de dejar en manos del representante del Rey, parte de la fortuna, so pena de padecer todo lo que es dable concebir. Los hijos de quienes morían dejando hacienda, podían esperar toda la vida el recibir su porción, si no entraban en arreglos y repartos con los titulados clérigos, con los tesoreros, los empleados de la Real Hacienda y los gobernadores.

El dinero que a mucho rogar enviaban de México, por libranzas extendidas desde Sevilla, mediante la Casa de Contratación, para atender a la construcción de las fortificaciones de la ciudad, se distribuía entre los panaguados de los gobernadores. Ni a los obreros les pagaban ni a los soldados tampoco. Los esclavos destinados a las obras por regia disposición, iban a laborar a las haciendas privadas y la obra se interrumpía.

ONIO
 ENTAL
 RIADOR
 ABANA

PRENDIAN A LA TROPA

Hubo época en que a los soldados los prendían por salir del recinto de La Fortaleza, y les quitaban las espadas, hasta que pagasen los seis reales, a que les obligaban los señores regidores, descendientes o parientes de esos mismos que se reunieron bajo la ceiba, a raíz de la fundación de la ciudad. Amén de esto, pasaban los meses sin cobrar y vivían del dinero que les adelantaban, a trueque de importantes intereses, los cajeros regios. Años hubo en que no cobraron ni una sola vez. Enfermos y hambrientos, veíanse por las calles de la población, en el más lamentable aspecto, sin ánimo para defenderla, con más deseos de vivir a cuenta de la espada que de los bríos y el honor militar. Las noches de La Habana, en aquellas calles en que se alineaban las casas de paredes de barro y techo de paja, mal apisonado el arroyo, cerradas en algunas partes de muros de clausura, debían de ser espantosas y cada noche tendría un crimen, como señal de los tiempos. Hubo un instante en que la rivalidad entre el maestre de las tropas de La Fortaleza y el gobernador llegara a las manos, y por las noches rondábanse mutuamente sus partidarios, desenvainadas las espadas, listos a dirimir por las armas, lo que las razones y el dinero no habían conseguido resolver.

Se obligaba a los vecinos a pagar de día, a su costa, las rondas, a costear los arcabuces, a mantener a quienes les representasen entre las tropas de la guarnición; y de noche, a lo que se llamaba soberronda, que comprendía desde el estar en las atalayas y caballeros de La Fortaleza, hasta irse a mirar la línea del horizonte en la Punta y la Caleta de Guillén, para avisar a los vecinos. Las veces en que los piratas sorprendieron a los habaneros fueron tantas, que se puede afirmar que, como en todos los negocios de aquellos tiempos, era el dinero el que obviaba, los arcabuceros, las rondas y las soberrondas.

CANONES SIN BARBETAS

Los exiguos cañones muchas veces no estaban en batería; otras, faltaba la torre; las más, no había pólvora. Los cantos ya tallados, se acumulaban junto a las obras, verdes por el moño y el más abyecto abandono. Las intrigas entre los canteros, las luchas faccionales, las epidemias en ocasiones, la necesi-

dad en que estaban de fabricar la en la misma ciudad, de traer el agua desde lugar muy distante, porque los tenientes gobernadores se quedaban con el impuesto de la sisa y del almojarifazgo, para sus privados menesteres, añadían leña a la fogata.

Más de un tesoro real fué objeto de un juicio de residencia, como Juan de Rojas, emparentado con Mazariegos que tuvo el cargo durante muchos años, y el sobrino de Pedro Menéndez de Avilés, por no abonar semanalmente del dinero enviado de Nueva España, los salarios de la tropa y los canteros. Esto dió lugar a que en un momento dado, en la feliz San Cristóbal no hubiese sino dos artilleros, para eso uno enfermo, unos cuantos indios de Guanabacoa como soldados (y eran muy malos) y unos cuantos albañiles de rómber, recomendados en cartas al Rey por los gobernadores, que era como si se dijera que no existían. Los tales, se atrevían, en sus rivalidades con el castellano de la fortaleza, como ocurrió en tiempos de Gabriel de Luján, a levantar sus casas junto al castillo, con manifiesto perjuicio de la estrategia, como lo eran los parapetos que sobre las casas se erigieran. Eran tan defectuosas las condiciones de la defensa de La Habana que bastaba incendiar una casa, para que ya todas fuesen devoradas por el incendio.

VEINTE AÑOS DE LUCHA

Esta situación afrentosa duró 20 años en su aspecto más violento. Luego se atemperó algo, pero siempre quedaron los mismos resabios.

Carlos V preocupado de las guerras europeas, pensaba en La Habana como un sitio de escala, como un paraje que no producía nada, sino sólo ofrecía albergue para las escuadras de Portobelo, de Honduras y México. ¿Qué le importaban a la Sacra Católica Majestad las condiciones de vida de sus súbditos habaneros, cuando él lo que necesitaba era sólo procurar que llevasen a la rada los bajeles de Veracruz? De poca importancia o ninguna era que por servir en las rondas ni se permitiera a los vecinos ir a montar para mantener la vida, ni beneficiar las incas, ni andar en negocios fuera de la población. De esta manera, era muy trabajoso colonizar este pedazo de la Isla, pues no había incentivo aquí, y sólo gente perezosa, o sentenciados por las Audiencias que

pagaban a los gobernadores, osaban quedarse en sitio donde lo más que se ofrecía era saquear el Real Tesoro y acribillar a exacciones a los vecinos. Cuando llegaba el antojo de correr conquistas, a los habaneros les quitaban tranquilamente sus barcos y sus esclavos y se marchaban los adelantados a la tierra donde esperaban más oro que gloria, más distracción que las intrigas y las trampas de La Habana. Solo dejaban la promesa — como los soldados — de pagar cuando llegase el dinero. Y éste, pasaba años y años sin llegar, como ocurrió en 1570, que debían a los soldados treinta meses.

En una sociedad como aquella, el más importante negocio el de la construcción del Castillo. Los ducados y castellanos que al Rey pidieron los alcaides, gobernadores y tenientes de gobernador, muchos que no llegaron y otros que al fin vinieron, sirvieron en muy pequeña parte para las obras, si hemos de juzgar por la documentación de aquellos tiempos.

PETICION DE DINERO AL REY

En 13 de Agosto de 1551, Juan de Lobera, demandaba al Rey el envío de 8,000 castellanos que se pondrían en manos de Juan de Rojas, tesoro real en La Habana, y mano derecha de Mazariegos, na-

ra las obras de La Fortaleza, además de 25 o 30 esclavos experimentados de Veracruz, que ya tuviesen destreza de alfilería, para emplearlos en la defensa de la ciudad. Entendía D. Juan que esos esclavos, después de trabajar en las fortificaciones, habrían de ser vendidos en doble precio. Consideraba el alcaide que de no haber esclavos en esas condiciones requeridas, en Veracruz, se autorizara al Virrey, para que los adquiriese enviándolos inmediatamente, porque era de urgencia comenzar los trabajos. Además que en La Habana había habido hasta entonces dos artilleros oficialmente, aunque uno de ellos, a quien habían dado órdenes de salir de Sevilla, no había emprendido jamás el viaje, y otro, Francisco Hernández, había fallecido en la ciudad. Dos eran pocos; había algunos cañones que carecían hasta de aderezo y estaban expuestos a la intemperie, sin nadie que supiera cuidarlos, y menos que, en el momento ocurrente entendiera de manejarlos. Solicitaba seis hombres como mínimo para atención de las piezas y otro para limpiar las ballestas, los arcabuces y coseletes, de los vecinos que se armaban.

NO LE HACEN CASO

Nada de esto le mandaron ni aun otros efectos que él consideraba imprescindibles, a pesar del aprecio que por sus empeños denotan los papeles de la época. En un inventario de cosas necesarias al "servicio de Su Majestad", reclamaba como de necesidad urgente el envío de dos culebrinas, dos medias culebrinas, dos cañones reforzados, dos salvajes, 12 falcones de bronce con sus servideros y moldes "para hacer dichas pelotas de hierro colado"; 60 quintales de pólvora, una pipa de salitre, una pipa de azufre, dos morteros de piedra grande para moler la pólvora, 20 docenas de ovillos de "hilo de ballesta", porque en Sevilla "no se me dieron más de dos docenas"; 20 docenas de saetas para las ballestas, 20 arcabuces con sus avíos, y 20 alabardas. La atención que prestaron en España a las peticiones de Juan de Lobera está evidenciada por una petición elevada al Rey por el Cabildo, que en 1552 demandaba todavía artillería para la plaza y ocho hombres para servir.

En 9 de Febrero de 1556, ocupando todavía el puesto de capitán de la Plaza el mencionado Juan de Lobera, se proveyó la petición, ordenándose a Diego de Mazariegos, que tenía grandísima influencia en la Cámara de Sevilla, que procediese, de acuerdo con el alcaide, a la ejecución de las obras que eran menester y a poner en plan las defensas de la ciudad. La Real Cédula ordenaba entregar los diez mil ducados en que se habían proyectado las necesidades de la ciudad pero eran tan vagas las indicaciones de dónde había de salir aquel dinero, que es dudoso que lo sacaran jamás para la ejecución de los trabajos, si alguna vez llegó a ver la luz.

CAMBIAN DE INGENIERO

En 21 de Enero de 1558, prácticamente nada se había hecho. Por Cédula de esa fecha, nombrábase a Bartolomé Sánchez, oficial de albañilería, para que emprendiese el viaje a estas costas y acometiese los trabajos, con 12,000 pesos que se le entregaron.

La llegada de este personaje a la Habana, sea porque no entrara en negocios con Mazariegos, sea porque se embolsara todo el dinero que le habían entregado, dió lugar a un serio conflicto en la que había de ser Antemural de las Indias, orgullosamente, sin más razón que el antojo de la Majestad. Los dos se pusieron de chupa de dómine en memoriales al Rey. En una carta,

que pretendía ser una información de sus labores de ingeniero, decíale que Diego de Mazariegos tenía en La Habana una fama nada envidiable. Pintábalo como hombre de amplias tragaderas y narraba que se hallaba casado, por malas artes, secretamente, con una mujer hija del doctor Ampolo, a quien él tuvo que residenciar, por sus trampas en el fisco. Esta hija de Ampolo dióle descendencia, y aunque de ello se hacía mucha comidilla en los mentideros, Mazariegos continuaba exactamente lo mismo que si no hubiese sucedido nada. Frequentaba la casa de su amante con manifiesto escándalo público, satisfecho de ser quien por su autoridad hacía callar por la fuerza a quien osara hablar de sus actos. Esto, por supuesto, nada tenía que ver con las fortificaciones y delata bien a las claras lo que entre Bartolomé Sánchez y el gobernador Mazariegos había sucedido. Agregaba en el memorial al Rey, que Mazariegos era parcial en los abusos de los hermanos de Juan de Rojas, que cometían todo género de tropelías en la ciudad, atendidos al parentesco de quien había sido elevado de Tesorero Real a Teniente Gobernador. Las injusticias y los abusos de los muchachos y de un sobrino del mismo Rojas, llegaban a tales extremos que los vecinos llegaron a plantear, aparentemente, su expulsión de la ciudad, alegando Mazariegos que no era dable, porque siendo casados resultarían graves perjuicios a las familias.

EL GOBERNADOR TRAMPOSO TRIUNFA

En definitiva, Sánchez perdió el pleito con el gobernador. Los maestros canteros que se hallaban en la obra, y los cuales, según carta de Mazariegos al Rey eran suficientes a lo que se requería, vencieron a Bartolomé Sánchez, que, por providencia de 1560, recibió la orden de regresar a España. Dispúsose que se le liquidara su estancia en la ciudad, y, en caso de no haber dinero en caja, se tomara de los fondos que llevaba la armada de Nueva España. Carlos Claros y Diego de Aulestia, que eran los mencionados maestros, informaron luego que el ingeniero no había entendido bien lo que aquí se requería, pretendiendo levantar una ciudadela de cien pies de altura y toda ella abovedada. Para sustituir a Bartolomé Sánchez, fué nombrado Francisco Calona, director de obras de la Catedral de Sevilla.

UN BRIBON EN LUGAR DE OTRO

No fué más agraciado Calona que su antecesor en el oficio. El taimado de Juan de Rojas, tesorero regio, que estaba a la porción congrua de todo negocio con Diego de Mazariegos, atendido quizás al parentesco que tenía con los conquistadores de mejor cepa, echó la zancadilla en consorcio con Juan de Inesterosa, apenas llegado Calona a La Habana. Al recomendado maestro cantero de la Catedral de Sevilla no debió hacerle mucha mella tanto chisme como contra él formaron en la Casa de Contratación y en el Consejo de Indias, sus enemigos, que eran muchos y poderosos, porque todavía quince años después se presenta en escena metiendo alboroto contra aquel barbián y gobernador que se llamó D. Gabriel de Luján, que, como Juan de Rojas, Gabriel de Montalvo y otros tunantazos de allendemar, pasaron bajo las horcas caudinas de los oidores del tipo aquel de Alonso de Cáceres, su poquitín judaico, que andaban por estos parajes enderezando la justicia o poniéndole banderillas según soplara el viento.

SE PUSO DE ACUERDO AL FIN

El Francisco Calona parece que al fin y al cabo se puso de acuerdo con Gabriel de Montalvo pues lo denunciaron al Rey, diciendo que retardaba expreso la obra para percibir mayores emolumentos, en gracia a que el gobernador, con verdadera munificencia, después de un exaltado informe poniendo por los cielos al maestro cantero, le aumentase la asignación en 400 ducados más anuales. Ya el hombre ganaba ochocientos, lo que daba una idea del costo de la vida, pues esa suma representaba en dólares, 1,680, o sea, ciento cuarenta pesos mensuales en monedas de oro, bien que una vez le dejaron de pagar muchos pesos. Andando el tiempo, Calona, que estaba de ruego al cargo de la obra—no habían hecho ripio en él los memoriales de quejas elevados al soberano por sus colegas de trabajo en La Fortaleza—denunció al Consejo de Indias, que en La Habana se había aparecido enviado de Bayamo un mestizo de catorce a dieciocho años, hijo bastardo de un "Hulano de Toledo", pese a que él diese en apellidarse "Luis Pérez de Vargas", a quien el gobernador, en desusado obsequio, nombrase alférez de La Fortaleza, pasando por sobre las barbas de los vecinos que poseían caballos y medios de levantar gente, es decir, que se halla-

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

ban en situación de ser regidores del Cabildo. Amén de esta inmortalidad de Gabriel de Montalvo y del gobernador Carreño, señalaba el otro que el muchacho tenía las llaves del polvorín, y que al cuidado de la artillería había un francés—cuya nación se hallaba en guerra con España—dándose las de flamenco, sobre otros dos artilleros que se hacían pasar por alemanes. Es decir, la guardia de la población se encontraba enteramente en manos de quienes por España, su rey y el vecindario, sentían el menor aprecio.

JUGADOR EMPEDERNIDO

Calona tenía fama de jugador. Se decía en la ciudad, y esto llegó a saberse en la Corte, por carta de los demás maestros canteros, que no se preocupaba en lo más mínimo de los trabajos de su misión, sino que noche y día se pasaba con la baraja en la mano, levantando el azar. Los esclavos de la fortaleza trabajaban en casa de cada prójimo o de los agraciados por la amistad del magnífico D. Gabriel.

El gobernador no quería ocupar se de los asuntos militares de la villa, y encomendó al capitán Avelleda los alardes, las reuniones de tropa, la convocatoria de la gente de pelea de la plaza y los caballeros a las armas. Vino aquí el murmurar y el descomponerse la moral urbana, ya que los habaneros consideraban desdén que a caballeros como ellos los mandase un subordinado y no el gobernador en persona, como era uso en aquellos tiempos. Así, cuando formaban era de muy mala gana, y quizás si en el fondo temieran que un buen día se presentase frente al Morro un bajel enemigo, con la peor de las noticias.

REBELION DEL ALFEREZ

No fué éste el sólo contratiempo de autoridad y la única rivalidad que sufrieron los tranquilos habaneros. Cierta vez, refugióse en La Fortaleza el alferéz, por no haber querido reconocer a Diego de Soto como teniente gobernador, estimándolo persona de categoría y mando muy inferior a los suyos. Cinco días estuvo allí encerrado, con la planchuela del puente levadizo subida, hasta que llegó quien debía de meterlo en paz y destituirlo. Otra vez, el capitán Rodrován, estando en La Habana García Osorio, se amotinó con su gente, y se fué al campo a levantar bandera contra el soberano.

Volviendo a los primeros tiempos de Calona, se informaba en 1563, por Juan de Rojas y Juan de Inesterosa al Rey, que el ingeniero había tenido abandonados los trabajos en los primeros días, con peligro de la seguridad de la plaza, y que luego había montado las piedras de tal manera, que todo lo hecho hubo de deshacerse y cobrarse de las consignaciones del cantero, lo que había costado rehacerlo todo.

LA ENVIDIA ARTERA

Lo que más dolía a los quejosos fué que los ochocientos ducados que ganaba el Calona habían comenzado a correr desde el primer día de su salida de Sanlúcar de Barrameda, el diez de noviembre de 1562, hasta su llegada a La Habana, el once de junio posterior. Veinte días después de estar en la villa, reposando seguramente de tan largo viaje, fué a la obra. En ella no había nadie, conforme al dicho de los delatadores de la tardanza en el trabajo, para ayudar a Calona, porque uno de los maestros, Francisco Claros, estaba enfermo, y el otro, ausente. Mazariegos, que tenía fama de entendido en el arte de la fortificación permanente, recorrió con Claros y Calona a las pocas semanas de estar andando la obra, los diferentes pasadizos y troneras, llegando a la conclusión de que Calona había montado mal algunas piedras, con lo cual el trabajo sufría una modificación en tal género, que era forzoso reparar el daño. Encomendaron a otro la labor de desbaratar lo hecho, y descontaron del primer tercio del salario del cantero de la catedral de Sevilla, 39 ducados, para pagar a los maestros y asentadores.

ADULANDO A MAZARIEGOS

Los informantes, en su memorial, deshacíanse en elogios para el pariente y protector Mazariegos, a quien señalaban como el más leal súbdito de la majestad española, defensor de sus ducados y ahorrador a carta cabal, como demostraba con lo hecho. El mensaje al rey seguramente perseguía el efecto de frustrar los esfuerzos del Calona, si se atrevía a participar a los señores del Consejo lo que en La Habana había visto. De esta manera, impedíanse sus protestas por adelantado y se lograba que se destinara a la caja del castillo cuanto se recaudase por derechos de anclaje en la bahía.

Calona seguramente no andaría ni corto ni perezoso en referir lo que había visto, pero consignaría en su queja que se guardase el secreto de su delación, para evitarle problemas, que, al fin y al cabo, redundarían en perjuicio de los regios intereses, como hace en posteriores comunicaciones.

DOS AÑOS Y MEDIO SIN PAGAR

En 26 de enero de 1574, Calona refería que desde hacía treinta meses, la guarnición no cobraba, "porque los seis mil ducados se usaron en pagar seis oficiales, a quienes despidieron estando en el puerto la flota de Nueva España". Insistía en que no se mandaran más canteros de España, porque en la villa había cuatro, que llegaron un año antes que los esclavos, amén de doce que ya en ella

vivían. Excusándose de que los trabajos no marcharan con la rapidez que se requería, decía a sus señores que en los primeros tiempos de estar los esclavos en La Habana, se declaró una epidemia, que los tuvo cuatro meses enfermos, sin que nadie los pudiese hacer servir en La Fortaleza. Con anterioridad, se laboró con fervor tanto, que había mucha piedra ya labrada, sin que se pudiese montar porque a unos no les pagaban por falta de dinero, y otros sufrían todavía el rigor de la epidemia, que se llevó a muchos de los principales vecinos y a unos cuantos esclavos de los "más industriados".

UNA VISITA CON ESCRIBANO

El 27 de abril de 1572, Gabriel de Montalvo se hizo acompañar del escribano Gaspar Pérez de Borroto, vecino de la villa desde 1530 y tantos, y que a la sazón no debía de estar en la flor de la edad, pese a la regalada existencia que se diera, participando en todas las intrigas de campanario de la ciudad. Con él iba Francisco de Calona, y como testigos, Francisco de Avila y Juan Mejía. Se levantó un acta dando virtualmente por terminada la obra, pues ya estaban listos los dinteles más elevados de la puerta de entrada y los de los caballeros, amén de encontrarse prontas las capillas y bóvedas de La Fortaleza. No por eso dejó Calona de seguir en La Habana, ya que a poco, en su cargo de Maestro Mayor, lo hallamos en una intriga con el Capitán Diego Fernández de Quiñones, contra el Gobernador Gabriel de Luján, en 1583, como más tarde veremos.

NO VALIA NADA

La obra realizada por Calona, pese a las recomendaciones que le mantenían aquí y a las influencias que debía gastarse en Sevilla, por la tolerancia que hacia él se observaba, distaba mucho de hallarse dentro de los cánones de la buena fortificación. En 1577, el Rey, quizás por indicación de alguien, mandó a La Habana, a D. Antonio de Manrique, para que inspeccionara las obras. Este personaje, a juzgar de la autoridad de sus relaciones, debía ser hombre ducho en aquellas artes, y traer plenos poderes del soberano. En un memorial de 24 de agosto de 1577 refiere que la construcción es lo más defectuosa que darse pudiera en lugar alguno: el patio, pequeño, insignificante para el movimiento de la tropa; las casamatas, demasiado bajas, tanto, que no permitían saltar a los soldados de una pieza a la otra; las troneras tan abiertas, que por ellas mismas podían enviar desde el mar las balas, que desmontarían las piezas. Las bóvedas, demasiado altas y delgadas, de tal manera, que temblaban al hacer fuego las culebrinas. D. Antonio llega a la afirmación de que a mucho bombardear, aquello pudiera todo venir abajo, en muy poco tiempo. Para subsanar este grave defecto, proponía que dentro de la bóveda elevada se construyese otra más baja, rellenando el hueco que quedaba entre una y otra de mezcla, para reforzar la solidez. Para ir a los caballeros y las murallas, era preciso utilizar escalas; el ingeniero recomendaba construir una escalera de caracol en cierta parte y en otra una amplia, para la tropa. El aljibe no conservaba el agua, sino que las filtraciones lo desocupaban en pocos momentos. Los fosos, no eran todo lo profundos que debían ser, y en la baja marea, se secaban, sin aislar el fuerte, que era el efecto que se buscaba. Aparte de éste, es timaba que en la cortina que quedaba del lado del "labio de mar del Canal", debían de montarse culebrinas gruesas, que batieran la entrada del puerto, impidiendo la entrada de navíos enemigos. Necesitábanse doce piezas de diferentes calibres sobre la obra.

EL "PADRASTRO" DEL FUERTE

Después de todo aquello, consideraba el ingeniero que todavía existía un defecto más grave, el cual era que el castillo tenía "un padrastro" desde donde con piezas pequeñas podían desmontar las de La Fuerza y matar impunemente a sus servidores. El "padrastro" se hallaba al otro lado del "río salado", es decir, a la otra banda del Canal. Se refería sin duda a la Cabaña.

Fue este ingeniero el primero en comprender la importante posición de aquel cerro, observación que se había escapado a los que vinieron antes que él y no comprendieron algo que a primera vista debía de haber sido conocido de todos. Ser dueño de la Cabaña era ser dueño de la Fuerza, y, naturalmente, del puerto y la ciudad entera. No debía ser sin embargo la población cebo muy apetecible para los piratas. Era un rancho misérrimo y en América en estos mismos mares, había presas más merecedoras de que se perdieran las vidas de unos cuantos hombres. La ocupación permanente de La Habana si debía ser un objetivo; mas los que por estos mares merodeaban pensaban menos en la estrategia que en el lucro, y cuando se decidieron por mejores posiciones, las buscaron en los canales de entrada de las Antillas, donde era más fácil desbaratar con menos fuerzas, las mayores escuadras de la Sacra Cesárea y Católica Majestad de Carlos V.

PASMOSA LENTITUD

Sorprende que desde la real cédula de 20 de mayo de 1538, en que se dió la orden de fortificar la plaza —iniciativa que partió de Hernando de Soto y traída por la triste experiencia del incendio de la población, que exaltara la profanación de las imágenes y los vasos sagrados por los hugonotes— hasta 1577, estuviera en progreso aquella labor, para llegar a los resultados que apuntaba Manrique.

Para no ser menos, el gobernador Francisco de Carreño, cuatro días después del ingeniero, daba cuenta de la importancia de la posición a él encomendada y pedía al amo ordenase que todos los barcos que llegasen a la plaza, la saludasen como competía a su calidad. Demanda ésta que era ociosa, porque ya la había formulado en 1537 el primer alcaide de la fortaleza, Mateo de Aceituno, ante cuyas barbas se rieran los almirantes de la Flota de Nueva España, muy a su pesar, puesto que por Real Cédula, se dió a Aceituno la razón.

QUERIA MAS CAÑONES Y SALUDOS

Sobre de reproducir la petición del primer alcaide, que lo era siendo el licenciado Chavez gobernador, Carreño solicitaba treinta piezas y que se le remitieran moldes para hacer balas. Mandaba a España un modelo, para que allá en Sevilla, el maestro artillero mayor, Espinosa, hiciera tres "servidores", con objeto de tener prestos los proyectiles. Esta carencia no era la única que aquí se lamentaba. No había artillero español en la plaza, y había que contar con los mercenarios. Disponía de dos flamencos y un alemán, que había sido condestable de un galeón, y el cual había aceptado servir en calidad de oficial de las piezas a cambio de cinco ducados mensuales (cada ducado valía \$1.40).

Requería también como de necesidad imperiosa, una campana de dos quintales para llamar a los vecinos a alarde, cuando más de una vela se presentase en el horizonte.

UN TAMBOR PINTORESCO

Hasta de tamborilero carecía la ciudad. Había un esclavo de 50 años que por su condición tal, era, según Carreño, la afrenta de los soldados que constantemente se quejaban de él. El hombre, además, era casado y tenía prole, inconveniente tanto mayor cuanto que le alejaba del servicio. El sueldo que le pagaban era tan miserable, que de otra manera habría de buscárselas. Tres reales de vellón no era ciertamente una suma para atraer a nadie, y así, el atambor, bien a las buenas, bien a las malas, quizás faltando las más de las veces a su ocupación, tenía que servir de día y de noche en los caballeros y en las atalayas.

Las cuitas del atambor eran tales, y tal la vergüenza de la tropa, que el gobernador no dejaba de consignar que el infeliz a cuyo cargo corría quizás lo más impor-

tante de la función militar de la plaza, no tenía para vestir sino calzón y camiseta de cañamazo. Bien era verdad que los oficiales del Rey no vestían, al igual que los regidores, otra cosa sino pantalones y jubón de lino francés multicolor.

La campana de dos quintales relevaría la necesidad del puesto. La función del atambor era nada menos que en viendo velas debía recorrer la ciudad batiendo el parche, para que los perros huyesen de la vía pública, los vecinos se refugiaban en donde tuvieran por conveniente, y los esclavos huyeran al monte. Los caballeros, convocados por el tamborilero, quizás la mayor parte de ellos con afrentosas inquietudes, debían de acudir a meterse bajo las casamatas temblonas, amagados por el padrastro formidable, del otro lado del río salado.

MAS ENREDOS Y TRAMPAS

Gabriel de Luján, que con Francisco Calona sostuviera una controversia violentísima, que obligó a intervenir a la Audiencia de Santo Domingo, protestaba de las trampas, alborotos, y bravuconadas del Alcaide de la Fuerza, que unido al cantero mayor, traía revuelta a La Habana, dividida en dos bandos, como en tiempos del gobernador Gonzalo Pérez de Angulo, en que unos eran adictos del Cabildo y otros de la autoridad superior. Esta situación de Angulo terminó con la llegada de Mazariegos, que se mantuvo en el puesto gracias a Juan de Rojas, a Juan de Lobera, a Juan de Inesterosa, a Juan Gutiérrez, y otros Juanes no menos alcornudados y chapetones, que por entonces vivían de este lado del Morro, formando enredos de todo género, allí por 1556.

Pedro de Arana, designado oficial de la Corona en 1572, denunciaba los manejos de Gabriel de Luján, los mismos que andando los años habría éste de hacer conocer a su rey y señor, cometidos por Calona. Denunciaba Arana que el gobernador había elevado la fábrica de su casa por puro antojo junto al castillo, trayéndole a éste el grave mal de que un buen día los señores piratas se apoderasen de la casa gubernativa, y desde allí enfilasen las culebrinas sobre los baluartes, acabando con la guarnición. Además, empleaba los esclavos en su hacienda, y en menesteres que no eran aquellos para los cuales los había adquirido el Rey. En algunas calles, levantaba paredes diciendo que eran para la defensa; y esto entrañaba males sin cuento, porque desde ellas, podían hacer fuego los enemigos, e incendiar las cabañas en que habitaban los habaneros. Amén de estas immoralidades, que traían a la obra agobios, porque los esclavos hacían mal la cal y no asentaban las piedras debidamente. D. Gabriel mantenía en constante jaque a los vecinos, sacándoles dinero, inventando trampas, mezclando a sus paniaguados y a los afiliados en su bando, en toda guisa de malas artes, con inconvenientes del desgano vecindario, que no acababa de hartarse del desgobierno en que lo habían colocado Mazarriegos, Menéndez de Avilés, García Ossorio, y todos cuantos pasaron por aquí con mando. La gente se murmuraba de las trapiondas que se habían enseñorado de la inclita villa de San Cristóbal, forzaban a la evacuación; quienes no se iban era porque tenían familia en la isla, y toleraban a regañadientes, la tiranía de Luján.

NO ACUDIO NADIE AL ALARDE

Un día, tuvo que llamar a las armas a los vecinos; parece que deseaba contar las fuerzas a su disposición, y se halló con sólo 200 hombres, capaces de cargar arcabuz y portar espada, y entre ellos unos indios—malos militares—que trajo de Guanabacoa y todos los esclavos disponibles. Solo había doce soldados en el Castillo, y para eso, enfermos y hartos de injurias, porque se llegó al caso de que los alguaciles los multaran, les quitasen las espadas y los obligaran a pasar la noche en prisión, por el enorme delito de haber salido de la fortaleza. Se quedaba, según lo referido por Arana, con los dineros de los funcionarios; un bledo le importaban sus quejas. Subía a los barcos, hacía la vista gorda cuando el dinero le indicaba que había contrabando, y en nada que no fuera su propia hacienda, ponía reparos.

EL ROBO DEL GOBERNADOR

Llegó al extremo de robar bajo intimidación y a utilizar a su propia esposa para una operación malabar. Había venido a la sazón a La Habana un tal Diego Vergara, que de Cartagena había tenido que salir pleiteando, porque se le acusaba de ser aficionado a lo ajeno, y en verdad resultaba que el hombre era un bendito, de buen comportamiento. Esta bella criatura, que puso en evidencia los fraudes y las ventas de justicia que se hacían por el Nuevo Reino, había sido condenado a doce años de prisión y prefirió largarse del país, liquidando cuanto tenía a pasar unos meses en los sótanos del fuerte cartagenero, mucho más húmedo que las prisiones de España. La transacción que hiciera parece que consistía en marcharse a La Florida, para purgar la lengua del deseo de denunciar amaños. En La Habana refirió a Don Gabriel sus cuitas y éste optó por permitirle que aquí se quedara. El hombre pasó a hospedarse en el Convento de San Francisco a donde llevó las cajas con las joyas y el dinero que traía del Nuevo Reino de Granada. Antojósele a Luján verlas y se enamoró de un cierto grifo todo de oro con esmeraldas y perlas, que era un primor. Probablemente, lo habría extraído de alguna guaca de la región de Calamar, el astuto de D. Diego. Primero, pensó en quedarse con las prendas; luego, lo reconsideró más atentamente, y proyectó una labor más fina.

Propuso al desterrado que le prestase las joyas con algunos doblones para mostrárselos a su mujer, y Vergara aceptó, llevándose a su casa el mencionado grifo. Demandó D. Diego la devolución, y al punto tornóle Luján lo que le había quitado, no sin amenazar al hombre con hacer cumplir la sentencia, enviándole al país de los calusas. Sus intimidaciones fracasaron, quizás porque Pedro de Arana se había mezclado en el incidente, o había hecho partido en favor del otro, y no convenía al gobernador que una persona de la calidad del oficial, llevase el cuento a Sevilla.

La mujer de Luján, sin embargo, no se detuvo en contemplaciones y una mañana que fué a misa al Convento, se apropió del grifo, en presencia de Fray Jerónimo de la Cruz. El hombre protestó. Luján volvió otra vez a las amenazas, y un buen día recordó a D. Diego su pasado, y le permitió volver a su patria en la primera flota de Nueva España, que pasó por el puerto.

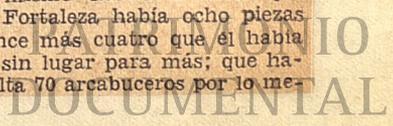
LAS QUERELLAS DE LUJAN

La conturbación de los ánimos en La Habana no era cosa nueva en tiempos de Gabriel de Luján, época a la cual hemos de referirnos nuevamente, ya que queremos llegar hasta el final, en el narrar las tribulaciones que en la villa pasara Francisco Calona, a quien nos parece estar contemplando, en un cuadro antiguo, con el tipo arrogante de los hombres de presa del Siglo XVI.

En época de Pedro Menéndez de Avilés y de García Ossorio, habían acontecido hechos que perturbaron hondamente la paz social. El primero, a la fuerza, se llevó los bajeles de La Habana a la expedición de La Florida y a más de un vecino lo forzó a engancharse en ella, so pena de perderlo todo. Cuando mandaron soldados para guardia de La Habana, el Adelantado se los llevó (1571), dejando desguarnecido el fuerte. El sobrino de D. Pedro, como tesoreror real, y en otros menesteres, dió ocasión a que se levantasen gravísimas protestas contra el gobernador y adelantado. Menos mal que puso de capitán de La Fuerza a Baltasar Barreda, hombre que, a juzgar de la poca sombra que proyecta en la historia, era un soldado apegado a sus artes y a la disciplina, sin mayor aspiración. Sus doscientos hombres estaban siempre en alarde, para batir a los piratas. Pero entre el alcaide—que tal posición tenía Barreda—y García Ossorio, que había vuelto a la villa después de su expedición contra Rodrován, trayéndolo preso, surgieron pronto las diferencias. Antes de embarcar, el Adelantado había dado instrucciones al alcaide para que abriese más el foso, utilizando a los esclavos en labrar dos horas por la mañana y a la tropa dos por la tarde. Pero Barreda puso las herramientas en manos de los maestros canteros, y esto hizo resolver el problema de la manera más expedita: Barreda era protegido de Menéndez de Avilés, odiado del pueblo; García Ossorio, aunque malo, era el adversario del sobrino ya conocido por sus andanzas, y hasta quizás se murmurase que había matado a su antecesor en el empleo. Por eso, cuando García Ossorio hizo detener el alcaide, fué preciso que Sevilla interviniera mandando a Pedro de Santillán, para que diese solución al embrollo.

SEGUIAN SIN RECIBIR NADA

Diego de Ribera, maestro cantero, director a la sazón de las obras del fuerte, confirmaba todas las peticiones hechas cinco años antes por el mismo García Ossorio: que en La Fortaleza había ocho piezas de bronce más cuatro que él había traído, sin lugar para más; que habían falta 70 arcabuceros por lo me-



7

nos, cuarenta que estarían siempre en la obra y 30 destacados en La Punta, o en otro sitio más avanzado; era menester mandar más gente; consignaba que en la villa había 63 esclavos del rey, pero de ellos había que destinar 14 o 15, a que fuera de las obras, en una estancia, cultivaran lo que era menester a su sustento.

El informe de Diego de Ribera, de 1570, decía que ya estaban listas las troneras; el resto, se retardaba por falta de dinero y de gente. Pedía cien esclavos y castellanos, urgentemente. Era preciso reforzar el número de esclavos, porque éstos eran los que sacaban la piedra para que los canteros la labrasen y asentaran, y además hacían la cal. Los sillares, ya cortados, esperaban el momento de ser colocados porque las piedras para las bóvedas estaban todavía por tallar, y esta era la obra del ingeniero que había consistido principalmente en derribar la Fortaleza Vieja, evitando que pudieran utilizarse sus obras, para detrimento de las necesidades militares. Pedro Menéndez había dispuesto que se derribase cuanto pudiese causar daño a la Fortaleza. En esto consistió la tarea principal de Ribera, para la cual reclamaba diez mil pesos. La renovación de las obras exigía más aprestos y más dinero y era al soberano, como otras veces, a quien se acudía.

CARENCIA DE TODO

Como García Ossorio, señalaba que en el caballero del mar tenía sólo seis piezas y dos en el puerto. Las troneras, no obstante, daban lugar a unas veinte. No había pólvora, faltaba el salitre, no había ni artilleros, ni servidores de piezas. Dos hombres entendidos en el manejo de los cañones, por lo menos, se requerían con urgencia.

En el resto de la plaza sólo había cuatro piezas, la mayor de 25 quintales. La pólvora, dañada. Los artilleros se habían marchado por falta de la paga. Doscientos hombres era todo el personal con el cual habría de contarse en caso de peligro. Había disponibles de 130 a 150 arcabuceros y 50 hombres de pelea, que no eran militares.

Esto, era pura teoría. Cuando se tocaba a rebato, venían cien hombres de los 200 con que contaba el castellano. Las diferencias entre Barrera y García Ossorio eran tales, que los vecinos pobres se marchaban porque en aquel infierno nadie podía trabajar, siempre sobre las armas, junto a uno u otro partido. Las violencias y las exacciones eran cosa de todos los días. La situación con el extranjero era muy difícil. De un momento a otro podían presentarse los navíos enemigos. Para evitar la sorpresa, Ribera tenía atalayas desde Mariel a Matanzas, que tan pronto vieran dos velas juntas en el horizonte, cursarían aviso a la ciudad, para estar apercebida a los sucesos.

PLEITO DE CALONA Y LUJAN

Esta situación, tan violenta, lo fué menos que la que se creó años más tarde. En un memorial al Rey, fechado al 24 de diciembre de 1582, Gabriel de Luján expone su conflicto con Francisco Calona. Acusaba a éste de haber hecho muy mal su oficio, aparte de haberse apropiado de los fondos que se destinaban al pago de los salarios de la gente, y de haber llevado a los esclavos a su hacienda para allí desmontar madera que vendía. Nunca, conforme a las palabras del gobernador, Calona se presentaba en la obra, pasando día y noche tirando de la oreja a Jorge, con gente maleante. Con objeto de prolongar sus emolumentos y de permanecer más tiempo en La Habana, hizo mal la obra, que duró 10 años más de lo necesario y "es digno de muerte"—según las propias afirmaciones del Gobernador. Lo prendieron un buen día los alguaciles y le embargaron los bienes para que pagara lo que había robado, y entonces se produjo la del Infierno.

SUELTAN AL PRESO

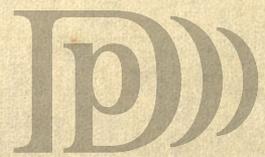
El Alcaide de la Fuerza, Diego Fernández de Quiñones, hombre violento y bravucón, echó mano de un soldado, Pedro Galaz, "mandador" de la plaza, que se las echaba de hidalgo y que tenía un hermano en

la Inquisición de Mallorca, acusándolo de ser el que llevaba los chismes al gobernador, sobre los enredos de ambos, el maestro mayor de la obra y el alcaide de la fortaleza. El soldado fué a parar a uno de los calabozos del castillo, en tanto, Fernández de Quiñones con golpe de ochenta soldados armados de arcabuces unos y con alabardas otros, se lanzó a la calle a trabar pendencia con quien se le pusiera enfrente. Fueron a la cárcel. Se plantaron frente a ella. Quiñones, probablemente, se retorció los bigotes, y ordenó con gesto fiero al Alférez que le acompañaba, que descerrajase las puertas de la prisión donde se hallaba su amigo y socio y lo pusiera en libertad. Es de imaginarse las palabras con que se acompañaría todo aquello, el poner la mano sobre la empuñadura de la espada, de pegar fuerte con la bota en el piso y de los juramentos y otro género de heroicidades. El pueblo entero estaba alborotado viendo la paciencia del gobernador, que, en el repetido memorial—del que mandó en otro barco relación duplicada de los mismos hechos—declaraba al Rey que no acudía a la violencia, por no caer en "deservicio de Su Majestad." No paro allí el Alcaide. Cada vez que los alguaciles iban a prender a uno de sus parciales, venían los soldados a defenderlos y les daban asilo en el fuerte. Muchos pobladores se marcharon y la ciudad se convirtió en un campamento, hasta que llegó un fiscal regio. No es de contar como siguió todo aquello, porque interminable sería la relación.

NO QUEDO NADA

Lo cierto es que de aquel fuerte que Mateo Aceituno, natural de Talavera de la Reina, echara los cimientos, por órdenes de Hernando de Soto, en forma de "cuadrilátero con cuatro baluartes, uno en cada ángulo, murallas dobles de 24 a 25 varas de alto, terraplenes de bóveda y foso batido por la marea, que se llamó Real Fuerza" y que fué el segundo erigido por los españoles en América, no quedó nada, no tan sólo bajo las piedras que le pusieron los sucesivos maestros y alcaides, sino por las trampas que a su costa se desarrollaron.

*al pax
enero 15/23*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA